

cio al mencionar las causas porque nos hallamos desolados: "por darnos vera noticia y conocimiento para que internamente sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor y por que en cosa ajena no pongamos nido, alzando nuestro entendimiento en alguna soberbia o gloria vana, atribuyendo a nosotros la devoción o las otras partes de la espiritual consolación" [Ej 322].

Otra característica de la d. narcisista es que no hay claridad en la exposición de las experiencias interiores. Se encubre la realidad de lo que está ocurriendo en el espíritu, no sólo al "confesor" sino también a uno mismo: "Quando el enemigo de natura humana trae sus astucias y suaciones a la ánima justa, quiere y desea que sean recibidas y tenidas en secreto" [Ej 326]. Es una d. opaca que impide ver qué hay en el fondo. Desorienta no sólo al desolado, sino al que le acompaña.

Si la organización narcisista que está subyacente es muy intensa, hay dificultad para librarse a causa de la resistencia protectora que evita el dolor de enfrentarse a la realidad. No hay sentimientos de culpa, son negados inconscientemente al ser demasiado doloroso el soportarlos. La culpa se proyecta y queda en los otros. Si hay reconocimiento de culpa es sólo intelectualmente. Ser culpable sería estar desprovisto de todo afecto. Lo contrario ocurre en la culpa amorosa propia de la depresión saludable en la que se hace reparación amorosa de la culpa. En la d. narcisista no hay reparación por la estima del otro, sino por quedar bien para no perder aprecio. Se busca el propio bienestar y si se

busca el bienestar del otro es por identificación proyectiva en el otro: "el otro soy yo".

Las d. narcisistas se dan no sólo en principiantes sino en personas adultas que, paradójicamente, aparecen como muy sensatas mientras no sufran ciertas contradicciones: "turbación del ánima, moviendo a las cosas bajas y terrenas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidencia, [...] sin amor, hallándose toda Perezosa, tibia, triste..." [Ej 317].

1.2.3. *Depresión patológica con patología psicótica o melancólica (endógena y bipolar)*. Por último, tenemos las d. y mociones del mal espíritu que ocasionan dificultades graves que impiden o sesgan las capacidades del subiecto (sujeto) para tener una experiencia espiritual, al menos de forma en algunas circunstancias. Puede que no aparezca una sintomatología externa llamativa, pero hay un estilo de conducta de personalidad depresiva psicótica.

El origen o desencadenante de la d. y depresión psicótica está muy vinculado al trastorno somático junto a la estructura de la personalidad psicótica. Puede haber síntomas de ideación suicida con o sin planes de suicidio, pensamientos de muerte, a pesar de que la persona esté unida espiritualmente con Dios. Es moción del mal espíritu grave. La pulsión de muerte tiende a la muerte mental. Queda sesgada o impedida la experiencia espiritual: "sin esperanza, sin amor [...] como separada de su Criador y Señor" [Ej 317]. La dolorosísima experiencia melancólica aborreciblemente. La culpa amenaza implacablemente. Sólo se podría escapar con la propia aniquilación. Hay oscuridad, sin futuro, enterna mente y cuerpo, se pierde el apetito y las

fuerzas, hay ideas o intentos de suicidio. Es difícil poder sentir una culpa sana, reparadora. La meditación del infierno [Ej 65-71] se sentirá como expresión de la propia realidad interna, o incluso lleva a confundirse con la propia realidad externa en una vivencia que tienda a delirante.

Esta profunda d. no se confunde con la d. espiritual de la "noche oscura" mística, ni en su fenomenología ni en su desencadenante, ni en el proceso psicológico concomitante. En la experiencia mística hay una d. profunda como resultado del despojarse de todas las tendencias egocéntricas que le impiden la búsqueda intensa y absoluta de Dios. La experiencia desolada de "la noche oscura" no sólo no es "mal espíritu", sino que es la expresión de un proceso deseable de purificación sana y sublime. Evolucionando pasando del abandono de los propios afectos a la entrega unitiva en el Amor. Hay una creatividad sana compatible con el sufrimiento que comporta el crecimiento.

2. *Conclusiones: Esquema diferencial de las desoluciones*. 2.1 Se dan d. no saludables en sí mismas causadas por negligencias, faltas o pecados [Ej 63]. Pero pueden dar lugar a una reacción saludable cuando se superan las dificultades personales espirituales. Indican un proceso de maduración en la medida que son superadas con provecho [Ej 322]. 2.2 Hay d. con dificultades psicológicas no graves que ofrecen resistencia a ser superadas ("desorden de operaciones" [Ej 63]). Se diversifican según sea el tipo de dificultad psicológica: obsesiva, histeroide, narcisista. 2.3 Existen d. con dificultades psicológicas graves por su agudeza o por su persistencia. Pueden presentar síntomas de una depresión de tipo psicótico. O bien pueden no presentar síntomas lla-

mativos, pero manifestar un bloque afectivo psicótico que deja al sujeto no apto para una experiencia espiritual profunda.

Jordi Font, SJ

Bibl: ASOCIACIÓN AMERICANA DE PSQUIATRIA (AAPA), *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales*, DSM-IV, Masson, Barcelona 1995; CORRELLA, J., "La desolución espiritual en nuestro mundo de hoy", *Man* 75 (2003) 325-344; FONT RODON, J., *Religión, Psicopatología y Salud Mental*, Paidós, Barcelona 1999; Id., "Aspectos psicológicos del Tercer ejercicio... haciendo tres coloquios", *Man* 55 (1983) 87-89; GARCIA DOMÍNGUEZ, L. Mª, "Desolución, depresión y tristezas ambivalentes", *Man* 75 (2003) 359-375; MURITZ, J. A., "St. Ignatius of Loyola and Severe Depression", *The Way* 44 (2005) 57-69; ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD (OMS), *Clasificación internacional de las enfermedades, trastornos mentales y del comportamiento* (Cim-10), Décima Revisión de los Trastornos Mentales y del Comportamiento, Meditor, Madrid 1992; RUBIA, F. J., *El Cerebro nos engaña*, Temas de hoy, Madrid 2000.

B. APROXIMACIÓN IGNACIANA

1. *Desolución en los escritos ignacianos*. En los escritos ignacianos, el término *desolución* aparece treinta y tres veces, de las cuales veintidós se encuentran en los *Ejercicios Espirituales*, seis en el *Directorio Autógrafo*, dos en el *Directorio* dictado al Padre Victoria y sólo una vez en la *Autobiografía* y en el *Diario espiritual*. La d. es un elemento clave en el proceso de los Ejercicios, de tal modo que resultaría casi imposible entender o hacer bien éstos sin saber distinguirlos y reconocerlos. También es imprescindible saber manejarlos bien con ella, e incluso aprovecharla, para obtener el fin que se pretende en los Ejercicios.

2. *Contexto*. El contexto, como el de todas estas reglas a partir de la

tercera, es el de la persona de desconsuelo, es decir aquella persona que siente sus desconsuelos con Dios y está desconsolada amarle más y más, tal como queda presentada en la segunda regla: "las personas que van intensamente purgando sus pecados, y en el servicio de Dios nuestro Señor de bien en mejor subiendo" [Ej 315]. En la situación descrita en la primera regla [Ej 314], que es la de una persona ajena a todo deseo de desconsuelo, no hay lugar alguno para la d.; en esas personas puede haber depresión psíquica, y también desazón, disgusto o remordimiento espiritual, pero no desolación. Por definición, ésta es un impulso o "moción espiritual" que sólo puede darse en las personas más pendientes de Dios, porque ya han experimentado y se han dejado llevar de la consolación. Todo ello muestra que se trata de un clima, atmósfera o movimiento que Ignacio denomina "moción espiritual". Desolación y consolación son mociones espirituales que no sólo aparecen al ejercitarse, sino que *tienen* que aparecer. Si no se dan, es signo de que se están haciendo mal los Ejercicios (cf. [Ej 6]). Estas mociones son alternas y pueden ser positivas o negativas. De aquí el necesario e indispensable discernimiento: "Reglas para [...] sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan: las buenas para recibir y las malas para lanzar" [Ej 313].

3. *Definición.* S. Ignacio define la d. al comienzo de las Reglas de discernimiento propias de la Primera Semana [Ej 317], donde establece el único contexto en el que puede darse y señala tres elementos característicos de ella. Los elementos característicos de la d. son estos tres, según S. Ignacio: 3.1 *Identidad referencial.* "Es todo lo contrario de la conso-

lación". La mera ausencia de consolación, por tanto, no es desolación. Porque es esencial a ésta la *comoción* de lucha y conflicto, de *ir en contra*, de oponerse frontalmente a otra experiencia consolatoria ya conocida. En las primeras notas que se conocen de S. Ignacio, "Para dar Ejercicios" (D1, 12), explica de este modo la d. como opuesta a la consolación ya conocida: "es así como guerra contra la paz, tristeza contra gozo espiritual, esperanza en cosas bajas contra la esperanza en las altas; así como el amor bajo contra el alto, sequedad contra lágrimas, vagar la mente en cosas bajas contra la elevación de mente". Algo semejante dice en la descripción que hace de la d. en la cuarta regla [Ej 317], donde repite hasta tres veces su característica de ser en todo "contraria" a la consolación.

3.2 *Los sentimientos.* Su presentación se describe como si se tratase de una serie de estados de ánimo yuxtapuestos o amontonados; de los cuales nos sentimos incapaces de realzar una "lectura" precisa y nítida, mientras la estamos viviendo. Y a continuación la desglosa. La d. expresa un conjunto de sentimientos: "Oscuridad del ánima, turbación en ella, moción a las cosas bajas y ternas, inquietud de varias agitaciones y tentaciones, moviendo a infidelidad, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor" [Ej 317]. La definición que propone S. Ignacio va dejando al leerla una sensación preñada de confusión, desunificación interior y falta de aliento: "moviendo a infidelidad, sin esperanza, sin amor, hallándose toda perezosa, tibia, triste y como separada de su Criador y Señor" [Ej 317]. La acumulación de sensaciones negativas parece querer subrayar los aspectos objetivos de la situación,

por encima de la simple percepción subjetiva del que la vive. Lo corroboran también la corrección que hizo muy pronto S. Ignacio, sustituyendo la palabra "segura" (que aparecía en la primitiva redacción y podía sugerir algo de culpa o incapacidad subjetiva) por "oscuridad" (que denota claramente una realidad objetiva mala). Todas las expresiones utilizadas en esta cuarta regla quieren dar la imagen de un detentoro acumulativo en la persona que padece la d. En efecto, todo lo valioso parece devastado cuando la persona desolada se halla "toda perezosa, tibia, triste, sin amor". En el límite de los males, como confirmándose la d. a sí misma, la persona se ve a sí misma "como separada de su Criador y Señor".

3.3 *Los pensamientos.* La característica fundamental de la d., por la que puede ser inmediatamente reconocida, es que de ella salen pensamientos contrarios a los que salen de la consolación [Ej 317]. Para S. Ignacio, ello es muy explicable porque en la d. no están dominando ni los pensamientos propios, ni los que vienen del buen espíritu, sino los que nos está aconsejando el mal espíritu [Ej 32318], cuyas intenciones son claramente maliciosas [Ej 331-334]. De ahí que éste sea el tiempo en que resultan más posibles los engaños y más fuertes las tentaciones, y también aquél en que directamente y con más fuerza va a quedar afectada la vida de oración, privándola de toda devoción y gusto [Ej 13]. En principio, en las personas que van de bien en mejor subiendo, la d. es moción del mal espíritu [Ej 315], mientras que para las que van "de pecado mortal en el pecado mortal" puede ser signo del buen espíritu, "punzándoles y remordiéndoles las conciencias por el síndrome de la razón" [Ej 314]. Avanzando en el camino espiritual,

la d. se interpone de manera que "con cuyos consejos no podemos tomar camino para acertar" [Ej 318]. Pero a pesar de este factor turbador, gracias a las desolaciones se puede "hacer santa y buena elección" [Ej 175]. Ya que es un material de discernimiento que permite hacer elección por Segundo Tiempo, el cual es "por experiencia de consolaciones y desolaciones" [Ej 176].

Sobre todo, la persona desolada se ve a sí misma "como separada u olvidada de Dios". San Ignacio explica a Teresa Rejadell, en carta del 18 de junio de 1536, que en la d. "nuestro antiguo enemigo nos trae pensamientos, como si del todo fuésemos de Dios nuestro Señor olvidados; y venimos en parecer que en todo estamos apartados del Señor nuestro" [Epp I, 99-107]. Es obvio que sólo para el que ha sentido y gozado antes la experiencia contraria, resulta ahora esta experiencia un drama casi irresistible. Del mismo modo que el desamor les parece un inferno sólo a aquéllos que han conocido y gozado antes lo que es el amor.

4. *Causas de la desolación.* A la luz de la regla novena de la Primera Semana sobre las "causas de la desolación" descubrimos la forma de entender sus mecanismos y, por tanto, de aprovecharnos para invertir su sentido ("lo que el tentador pretende") a favor del seguimiento personal de Cristo. No basta con rechazar una y otra vez sus pretensiones, sino que es necesario también desennascanarla para siempre, porque de ahí puede derivarse lógicamente mucho provecho para la vida espiritual —"ahora resta hablar de cómo la hemos de entender, y entendido sabernos aprovechar", le dice S. Ignacio a Teresa Rejadell, al final de su carta—. A ello responde la básica regla novena [Ej 322], don-

de ofrece elementos para encontrar la "lectura" correcta de la d. y no interpretarla ya como un "abandono de Dios".

4.1 La libertad. Para recuperar el interés por cultivar el don recibido, cuando se había deflado por comodidad o por creerse autosuficientes. "Por ser tibios, perezosos o negligentes en nuestros ejercicios espirituales y así, por nuestras faltas, se aleja la consolación espiritual de nosotros" [Ej 322]. El enflaquecimiento espiritual advierte de la necesidad de cultivar el don que se recibió, porque es claro que todo lo precioso y apreciado se cultiva. Así, el alejamiento de la paz y la alegría interior tiene todo el valor pedagógico de un aviso o recordatorio para empujarnos a deducir todas las consecuencias prácticas de nuestro agradecimiento.

4.2 El desprendimiento. Para que podamos comprobar que la consolación no es obra nuestra, sino que "viene de fuera" [Ej 32], y así conocernos mejor. "Por probarnos para cuánto somos y en cuánto nos alargamos en su servicio y alabanza, sin tanto estipendio de consolaciones y creídas gracias" [Ej 322]. La experiencia de la d., al hacer sentir con tanta fuerza la inconsistencia propia, cumple un papel purificador muy necesario, de desmontar falsos puntos de apoyo en el propio crecimiento espiritual, de deshacer falsas esperanzas narcisistas y, en definitiva, de situar las cosas en su justo lugar, haciendo factible la propia humildad. Es muy humano que la noche, en todos los órdenes, haga elevar la mirada al cielo con más frecuencia aún que la claridad del día.

4.3 El don de Dios. Para reconocer y sentir la presencia regaladora de Dios. "Por darnos vera noticia y conocimiento para que internamen-

te sintamos que no es de nosotros traer o tener devoción crecida, amor intenso, lágrimas ni otra alguna consolación espiritual, mas que todo es don y gracia de Dios nuestro Señor" [Ej 322]. El momentáneo "escondimiento" de Dios permite hacer valorar mejor lo que anteriormente se había recibido, y "sentir y gustar" ahora qué gratuitamente se recibía antes la consolación. La d. puede ser mirada entonces con verdad como un "toque de atención" de Dios a la persona espiritual, un hacerse Él presente en su vida, a base de mostrarle el revelador: contraste de esta situación con la consolación anterior. Mirado de este modo, el "silencio de Dios" se llena también de palabra.

5. Como comportarse ante la desolación. Como era de esperar, la mayor parte de las reglas o consejos que da S. Ignacio para "sentir y conocer las varias mociones que en la ánima se causan" [Ej 313-327], están dirigidas a manejar bien en la desolación. Se distinguen bien en estas reglas los consejos para "antes, durante y después" de pasar la experiencia.

5.1 En tiempos previos a la desolación. El consejo único para antes de vivir la d. es prevenirse contra ella tomando fuerzas para cuando llegue. Obviamente, ello sólo puede hacerse en el tiempo de la consolación anterior, y el camino para hacerlo consiste en guardar en el corazón esta experiencia consolatoria, para hacer memoria de ella después, aprendiendo a poner la confianza en Dios y no en las propias fuerzas [Ej 324], porque "todo es don y gracia de Dios nuestro Señor" [Ej 322]. La memoria agrada de la consolación anterior es el mejor antidoto contra las tentaciones que conlleva la d. [Ej 323].

5.2 Durante la desolación. 5.2.1 *Firmeza y constancia.* "En tiempo de desolación nunca hacer mudanza, mas estar firme y constante en los propósitos y determinación en que estaba el día antecedente a la tal desolación, o en la determinación en que estaba en la antecedente consolación" [Ej 318], cuando se veían las cosas claras. Porque con los consejos de la d.—subraya S. Ignacio—"no podemos tomar camino para acertar". Se anima al desolado a considerar cómo la d. es un estado transitorio en el que "el Señor le ha dejado en prueba, en sus potencias naturales, para que resista a las varias agitaciones y tentaciones del enemigo, pues puede con el auxilio divino" y, lo que es de gran importancia, "el cual siempre le queda, aunque claramente no lo sienta" [Ej 320], para resistir las pretensiones de la d., descalthicar sus sugerencias e impedir así ser engañado, ni siquiera en la más mínima medida.

5.2.2 Energía y perseverancia. El segundo consejo, también necesario, consiste en oponerse y plantar cara a la d., evitando su asentamiento en el alma [Ej 319]. "Por hacer contra la desolación y vencer las tentaciones, debe siempre estar alguna cosa más de la hora [de oración] cumplida; porque no solo se avece a resistir al adversario, mas aun a derrocallo" [Ej 13]. Aunque no lo pareciera, el desolado tiene siempre fuerzas para no acomodarse ni acobardarse en la situación [Ej 320-324-325].

5.2.3 Paciencia activa. "Trabaje de estar en paciencia, que es contraria a las vefaciones que le vienen, y piense que será presto consolado, poniendo las diligencias [necesarias] contra la tal desolación" [Ej 321]. El ejercicio propio en tiempo de d. es trabajar contra la

tal desolación: "Mucho aprovecha el intenso mudarse contra la misma desolación, así como es intentar más en la oración, meditación, en mucho examinar y en alargarnos en algún modo conveniente de hacer penitencia" [Ej 319]. Asimismo, la ayuda puede venir también de otras personas de quienes recibir luz para evitar los engaños [Ej 17-326], y ayudarle a desatamizar la situación y recuperar los años [Ej 7].

5.3 Después de la desolación. Como en toda experiencia espiritual [Ej 77-334], también en la d. consistiera fundamental S. Ignacio reflexionar sobre ella "después" de haberla vivido, y así entender mejor "lo que ha ocurrido". La d. queda mucho mejor entendida y resituada cuando se analiza desde la serena consolación posterior que "después vendrá" [Ej 321-323], porque sólo entonces se perciben con toda claridad sus engaños, se toma nota de ellos, y se guarda memoria para el futuro de qué medios han resultado efectivos, y cuáles no, para no dejarse arrastrar por la angustia o la tristeza de la d. [Ej 320]. Se descubre incluso cuánto ha tenido esta experiencia de prueba o lección positiva para el orante.

6. Conclusiones. Para tener claro el uso que S. Ignacio hace del término, puede ser útil concretar brevemente el sentido que le da a la d. en los Ejercicios: 6.1 Es una experiencia propia de las personas que viven la espiritualidad del discernimiento; que aparece siempre después de haber conocido la consolación; y que se presenta además específicamente como contraria a ella, cuestionándola. 6.2 Se vive como una experiencia esencialmente confusa, en la que tampoco prevalecen los pensamientos propios, sino otros "que vienen de fuera" y no se pueden controlar

El pensamiento clave es el de sentirse "abandonado u olvidado de Dios". 6.3 Pese a su pretensión de ser irresistible, el desolado puede plantar cara a la d., desde sus requerimientos, vivirla con paciencia, pedir ayuda y evitar sus engaños. 4.4 Aunque es cierto que la apariencia de la d. es mala y destructiva, sin embargo, bien vivida y entendida puede aportar grandes provechos espirituales al que la padece.

↗ *Agitación, Consolación, Culpa, Discernimiento, Espíritus, Experiencia de Dios, Mal Espíritu, Movción, Tentación, Tristeza, Tibieza, Turbación.*

Bibl.: ARZUBIALDE, S., *Ejercicios*, 625-631, 637-644 y 653-665; AURAIUE, B. V., "Depresión and spiritual Desolation", *The Way* 42 (2003) 47-56; CORELLA, J., "La desolación espiritual en nuestro mundo de hoy", *Man* 75 (2003) 325-344; FONT, J., "Los atectos en desolación y en consolación: lectura psicológica", en *Psicología* 1, 141-153; GARCÍA DOMÍNGUEZ, L. M., "Desolación, depresión y tristezas ambivalentes", *Man* 75 (2003) 359-375; GARCÍA HIRSCHFELD, C., "Las reglas de discreción de primera semana", *Man* 61 (1989) 17-30; GREEN, T. H., "Beginners and Desolation", en *Weeks among the Wheat. Discernment Where Prayer and Action Meet*, Ave Maria Press, Notre Dame 1998, 105-121; GUILLEN, A., "El valor pedagógico de la desolación", *Man* 75 (2003) 345-357; IVENS, M., *Understanding the Spiritual Exercises*, Inigo Enterprises, Cromwell Press, Wiltshire - BA 1998, 218-223; MARTIN, H., "Desolation", *Dsp* III, 631-645; MENDIMOUNNE, J., "Le sens de la desolation spirituelle", *Christus* 153 (hors série) (1992), 105-117; SAMPAYO, A., *Los Tiempos de Elección en los Directores de Ejercicios*, M-ST, Bilbao-Santander 2004, 121-132; TONKAY, J., *A Commentary on St. Ignatius' Rules for the Discernment of Spirits*, JJS, St. Louis MO 1995, 122-204; TORROS, A., "Dimensiones culturales de la desolación", *Man* 75 (2003) 377-388.

Antonio T. GUILLEN, SJ

DESORDEN: ↗ Orden.

DETERMINACIÓN

No es un término técnico, aunque sí frecuente en los escritos ignacianos y en el lenguaje de la época. En la *Concordancia Ignaciana* aparecen en total 136 veces "determinar, determinación" con sus variantes. Sebastián de Covarrubias en el *TLC* (1611, con adiciones de 1674) describe así el significado de la palabra "determinar": "Definir, tomar resolución de algún hecho. Determinar la causa, sentenciarla. Determinado [es el] dispuesto a hacer una cosa. Indeterminable, el que nunca se resuelve en lo que ha de hacer." Y el *DiccAut* registra el significado de la palabra d. como "acto de la voluntad que resuelve la indiferencia". Entre los sinónimos consigna "resolución", "decisión", "osadía", "audacia" y "valor".

En el vocabulario ignaciano se determinan por una parte las personas, especialmente cuando se usa el reflexivo "determinarse", pero también los asuntos o cuestiones. Objeto de d. puede ser tanto la encarnación de la segunda persona de la Santísima Trinidad [Ej 102] como quedarse en un hospital de Mamerisa por algunos días [Au 18], declarar qué es pecado mortal y qué es venial [Au 68] o mandar, como hace el tercer Concilio Cartaginense, "que la supelédite del obispo sea vil y pobre" [Ej 344]. En las *Constituciones* hay asuntos que se remiten a la d. de los superiores (cf. [Co 343]).

Determinar significa fijar los términos, es decir, 1) decidir, pero también 2) emitir dictamen o dictar sentencia, resolver o disminuir una cuestión por quien tiene autoridad y competencia para hacerlo. Veamos una tras otra estas dos acepciones emparentadas entre sí.

1. *La d. como decisión y su papel en la trinegoria espiritual.* El equivalente actual más obvio de determinar es decidir, y el de d., decisión. Determinación es el proceso (y también el resultado final de ese proceso) por el que una persona pasa de un estado de indecisión o indeterminación al estado en el que la decisión está tomada, la persona ha tomado una d., ha fijado los términos en que en adelante se va a situar en relación con algún asunto o aspecto de su vida. Por eso puede decirse que la persona está determinada o decidida.

En el vocabulario ignaciano no se encuentra la palabra decisión. Se encuentra la palabra "elección", palabra que designa un proceso específico y característico de los Ejercicios y de la espiritualidad ignaciana. La d. tiene un significado cercano al de la elección, pero su uso es menos técnico y específico.

Ante diferentes cursos posibles de acción, la persona elige uno y descarta otros; toma una determinación. La elección consiste también en seleccionar uno de esos cursos de acción y dejar los otros. La palabra d. alude más directamente al estado en que queda quien la toma y el asunto decidido, e incluye un matiz de firmeza al poner de relieve que con ella quedan fijados los términos que pasan de ser vagos, "indeterminados", tal vez fluctuantes, a ser precisos, "determinados", categóricos.

La d. marca un contraste entre el estado anterior a la decisión y la situación posterior a ésta. El proceso de determinarse viene normalmente preparado por una deliberación más o menos amplia y calmada en la decisión que pone fin ese proceso. Cada palabra designa matices diferentes del mis-

mo proceso. La deliberación prepara la decisión; la decisión pone fin a la deliberación. La deliberación ve el proceso como una búsqueda cognitiva del acierto y de saber lo que se quiere. Pero siempre hay zonas de oscuridad; el proceso no se puede alargar indefinidamente; en algún momento la voluntad pone fin, corta (*sciso*) la deliberación y pasa a la acción. Una decisión que no vaya preparada por la deliberación se aproxima a la arbitrariedad ciega; una deliberación que buscase llegar a la decisión como conclusión de una clarificación exhaustiva se prolongaría indefinidamente. Toda d. concreta combina en mayor o menor proporción ambos elementos.

La decisión poco dice sobre lo decidido. La d. recoge lo que aporta la deliberación, lo fija en sus términos; el que ha tomado la d. se ha determinado a su vez a sí mismo. Se explicita una mayor continuidad entre la d. y la deliberación que entre la deliberación y la decisión, por eso puede hablarse de "determinación deliberada" [Ej 98; Co 51].

El libre albedrío se llama también libertad de indiferencia, es decir, la facultad por la que los seres humanos una vez que se dan todos los requisitos para actuar, pueden actuar o no actuar, actuar de una manera o de otra. Ejercer la libertad es, pues, pasar de la indeterminación o indiferencia a la determinación. La indeterminación como paso previo a la d. o decisión es algo no sólo necesario, sino conveniente. Es precisamente lo que permite plantearse la elección. La indiferencia ignaciana es un caso especial de esa indeterminación, es la adhesión incondicional y absoluta al Creador y al último fin para el que fuimos creados que genera una libertad y disponibilidad interior para aceptar